

Palabras de Francisco Tomás y Valiente Lanuza

Buenos días, agradezco a todas las autoridades —y en general a todos ustedes— su presencia aquí. Agradezco especialmente a la Presidenta doña María Emilia Casas la convocatoria y organización del acto. Todos ustedes conocen su altura intelectual y humana. Además, ella fue y es una gran amiga de mi padre y de mi familia.

Tengo que confesarles que no puedo, ni probablemente deba, hablar de mi padre como de una autoridad pública. Yo lo recuerdo, sencillamente, como un buen padre y un gran ejemplo. Recuerdo también que de niño solía preguntarme si habría leído realmente los miles de libros que ocupaban las estanterías de casa. Más tarde comprobé que podías preguntarle de cualquier tema y casi siempre había una respuesta, explicada con método y voz grave y un poco teatral. Cualquiera que lo haya tratado posiblemente pueda recordar ahora el sonido de aquella voz en la que un cierto deje irónico se fue acentuando con los años.

Se le recuerda por su ejemplo de tolerancia y es acertado. Él entendía la tolerancia como un compromiso activo con los valores que la hacen posible. Mi padre, por vocación, porque eso era lo que le gustaba, fue una persona comprometida con la enseñanza de la historia de la tolerancia, también alguien empeñado en la difusión de valores presentes en nuestra Constitución, alguien que prefirió el servicio al Estado, a la buena razón de estado, antes que las actividades privadas, probablemente más lucrativas y desde luego menos arriesgadas.

Posiblemente no me equivoque si digo que la dedicación docente sólo puede basarse en una profunda confianza en la capacidad del ser humano para pensar por sí mismo. Quizá estén de acuerdo conmigo en que sin confiar en el ser humano uno no puede ser un buen profesor. De hecho, de mi padre yo aprendí que sin confiar en la inteligencia de los ciudadanos uno no puede ser un demócrata. Por eso creo que podemos decir que quienes tratan a los ciudadanos sin respeto a su inteligencia, quienes mienten sin pudor, no son demócratas.

También creo que se puede decir de él que fue un hombre de principios muy firmes.

Nació en una familia derrotada por la Guerra Civil y guardó siempre en su mesilla de noche la carta de despedida de un hermano de su padre fusilado por Franco.

En la nota autobiográfica que antecede a la publicación de sus obras completas realizada por el Centro de Estudios Constitucionales relata lo siguiente:

“Aún recuerdo a mi padre subiendo los cuatro pisos de la escalera sin ascensor de mi casa, cargadas sus espaldas con la noticia del fusilamiento...”.

Una poderosa moral del trabajo, heredada de aquella familia humilde, y ecos de la Institución Libre de Enseñanza, escuchados en la Academia Martí de Valencia, donde enseñaban universitarios represaliados por “el general superlativo”, como él le llamaba, impulsaron su talento intelectual, talento que dedicó a la Historia, sobre todo en Salamanca, y al Derecho, más en su etapa madrileña, en este Tribunal Constitucional desde el que quiso colaborar en el asentamiento del Estado democrático en España.

Considero que fue un magistrado ecuánime e independiente, no obstante, sus convicciones y preferencias por las ideas de un socialismo democrático que él veía entroncado en la muy española tradición liberal. Su independencia intelectual fue también la del magistrado constitucional, y de eso, me consta, se sentía orgulloso. Fueron muchos los logros; ellos y su disposición optimista, le permitieron ser feliz.

Defendió siempre la igualdad de todos ante la ley cualquiera que fuera la circunstancia histórica o política. En el terreno moral, era exigente: por ejemplo, nunca hubiera aceptado en silencio cualquier pacto, sindical, político o institucional, con quien no ha sido capaz de condenar la violencia. También se opuso en el momento de la verdad a la guerra sucia contra ETA como intelectual y como magistrado. Escribió contra el terrorismo y denunció la utilización oportunista de los sumarios judiciales para la pelea política. Su sentido del Estado le llevó también a renegar de quienes hacen del terrorismo argumento de oposición al Gobierno.

Recordando crímenes como el que acabó con su vida es fácil saber a quiénes debería producir vergüenza pronunciar la palabra paz, a quiénes debemos, por dignidad, negar la mano y el respeto, aunque no los derechos que todo ser humano merece.

Por otra parte, estoy seguro de que si hubiera sobrevivido al atentado seguiría defendiendo una idea racional de la convivencia. La suya era una concepción integradora de la Ley, una idea que, en el terreno penal, incluía también a los culpables.

En otras palabras, en su idea de la justicia había lugar para que las personas tuvieran una segunda oportunidad y las sociedades pudieran aspirar a la paz, aunque este juego no debía llegar tan lejos como para traicionar la coherencia del sistema.

Uno de sus amigos de Valencia, Manuel Broseta, fue asesinado por ETA en 1992 de un tiro en la nuca. A sus hijos, en el funeral, les dijo: “no

odiéis y que el recuerdo de vuestro padre os haga sonreír". También escribió un artículo en homenaje a Broseta.

"Si no lo recordáramos", terminaba aquel texto, "estaría él más muerto. Y nosotros, no habríamos sido sus amigos". Hoy recordamos a mi padre, a Broseta y a tantas víctimas de la violencia porque fuimos sus amigos, su familia o sus conciudadanos.

Muchas gracias por haber venido.